

## EN PRIMER PLANO

## Feos, tristes y envejecidos

Antoni Gutiérrez-Rubí

**La belleza de Ségolène Royal (SR)** incomoda tanto como su libertad. Con su indiscutible victoria en las primarias socialistas, donde se escogió la candidatura del partido para las presidenciales de 2007, SR ha jubilado a todos los *elefantes* del partido y, también, ha enviado al baúl de los recuerdos propuestas programáticas enmohecidas y anticuados estilos políticos.

SR ha despertado el machismo latente y la envidia mal disimulada entre toda la clase política francesa que alimenta una misoginia de fondo, recelosa y cobarde. Quienes, desde su propia formación, la han combatido precisamente por ser mujer, guapa, alegre y joven se han equivocado de pleno. Es cierto que SR administra un pragmatismo acomodaticio a la opinión pública y que ha sustituido las antiguas convicciones ideológicas por renovadas y eclécticas intuiciones y principios que representan nuevos valores. Pero, ¿no es la política representativa –fundamentalmente– una propuesta de liderazgo y de empatía social? ¿Qué hay de malo en conectar con la sociedad a la que se quiere representar públicamente? ¿No se trata de eso, precisamente?

SR ofrece una política *líquida*, dispuesta a infiltrarse por las rendijas de un poder demasiado centralista y alejado de la realidad, una política secuestrada por una generación esclerotizada, incapaz de comprender la nueva sociedad francesa y sus problemas. Ésta ha decidido, ausente hasta ahora de un liderazgo fuerte y renovado, responder de manera convulsiva e imprevisible: desde la sorpresa de la segunda vuelta de Le Pen en las presidenciales francesas de 2002 frente a Jacques Chirac, pasando por el *no* en el referéndum francés a la Constitución Europea, o la violencia de las *banlieues* del año pasado.

**Crítica envidiosa**

Los envidiosos y adversarios de SR la acusan de superficial e inconsistente. Pronto seguirán con la frivolidad y el divismo. Les parece que éste es un buen ataque a una mujer que hace política. Deberán cambiar de táctica si quieren frenar o condicionar a la candidata. Pero el fenómeno SR debe hacernos reflexionar más allá de la política formal para preguntarnos sobre el modelo de liderazgo en la Sociedad de la Información y de la Comunicación.

Hoy, nuestras sociedades son más exigentes y sensibles, y el liderazgo público se gana y se pierde, también, en el terreno de las percepciones. La belleza de SR representa también salud, optimismo y rebeldía frente al paso del tiempo y descaro frente a la gerontocracia instalada. Su elegancia responde también al respeto y la responsabilidad por la función pública. Su sonrisa, amplia y franca, nos indica también confianza, seguridad y proximidad. Su juventud es exhibida también como un orgullo después de una maternidad fértil y de una larga trayectoria de servicio público con dos ministerios y una presidencia regional. La publicación de un oportuno reportaje de verano en el que se pudo ver la silueta de la candidata en bikini jugó, finalmente, a su favor. Con mejor resultado que la artificial y preparada fotografía de reconciliación entre Nicolas

Sarkozy y su esposa, con paseo playero y besito incluidos.

Ségolène Royal ha sabido comprender que cuando se proclama el "deseo de futuro" (como anunciaba su lema de campaña), o se exige "corresponsabilidad" a los conciudadanos (como ha manifestado en sus primeras declaraciones como candidata elegida), hay que proponerle desde un liderazgo contagioso, estimulante, desafiante y enérgico. Un liderazgo capaz de devolver la autoestima a la sociedad a la que quiere servir y representar. Nadie duda de que Francia será más escuchada y respetada en el mundo con una política sin complejos... y con más *glamour*. "Entre todos vamos a hacer algo extraordinario", ha afirmado.

**Sacar partido**

Sí, señores. Las mujeres listas combaten en todos los frentes. Saben sacar partido de sus bellezas plurales y distintas, sea en la política o en la empresa. Y tienen ambición en la vida pública y social, sin rene-



Ségolène Royal, candidata socialista francesa. © Ete

gar de sus atractivos para ser más o menos creíbles o aceptadas. En Estados Unidos, por ejemplo, Hillary Clinton, Condoleezza Rice o la recién nombrada *speaker* del Congreso, Nancy Pelosi, representan un desafío político y estético frente a la política de hombres previsible que parecen copias los unos de los otros. Frente a los trajes grises, una oferta de luz, de simpatía y de inteligencia les advierte de que pueden competir y ganar en cualquier batalla.

Bienvenida Ségolène Royal. Bienvenidas Angela Merkel, Michelle Bachelet y las que puedan llegar. Una nueva esperanza para muchos demócratas y progresistas, hombres y mujeres. SR puede cambiar la política francesa y, al igual que otras muchas líderes mundiales, afrontar el reto de luchar y demostrar que otra política es posible.

## VISIÓN PERSONAL

## Política y economía



Rafael Escuredo

**Cuando la economía** tira en España a velocidad de crucero, la política, cómo no, se resiente. Este fenómeno, de sobra conocido por los economistas, viene a ser una especie de compensación que anula la complaciente atonía del todo va bien, a que tan aficionados son los políticos profesionales. Es cierto que la bajada en los precios del petróleo, una inflación contenida, y los servicios tirando una vez más del carro, junto a tasas de crecimiento en el sector de la construcción que rondan el 6% –caso de Andalucía–, ayudan bastante al creciente optimismo que se advierte en los ámbitos económicos, por mucho que el vicepresidente Solbes nos advierta, de continuo, sobre la previsible, aunque lenta, caída del ciclo. Con todo, los bajos niveles en I+D+i, y el insuficiente crecimiento de nuestras exportaciones, junto a otros factores endémicos de nuestra economía, nos colocan ante el grave dilema de ser más competitivos o vernos, a medio plazo, engolfados en los déficit de una economía poco eficiente y diversificada. Para decirlo de otro modo: o aumentamos la productividad e invertimos en sectores estratégicos de futuro o, en menos de un lustro, volveremos a las andadas de un crecimiento por debajo de la media comunitaria.

Sin embargo, no es la economía, sino la política, lo que en nuestros días preocupa a la mayoría de la gente. En efecto, la confrontación política entre los dos grandes partidos, sobre cuestiones clave que nos afectan a todos, sigue siendo moneda de cambio en la política española: así, la política antiterrorista, nuestra política exterior, o la inmigración, por no hablar de las derivadas sobre el 11 de marzo y sus posibles implicados, configuran el mapa de un grave desencuentro cuyas consecuencias, a corto, son difíciles de prever. Lo que sí cabe pensar es que, después de esta legislatura, no importa a estos solos efectos quien gobierne, las cosas no volverán a ser como antes; y, cuando digo como antes, me refiero a que los valores del consenso sobre las grandes cuestiones nacionales dejarán de ser un activo político, algo añorado, para convertirse en la expresión más genuina y auténtica del pensamiento débil. No olvidemos, a estos efectos, que, en EEUU, las fundaciones neoconservadoras predicaban beligerantemente la inutilidad de cualquier esfuerzo político que busque las zonas templadas del electorado, y defiendan a capa y espada las ideas y valores que conforman el conglomerado conservador.

**Las dos Españas**

¿Camina España hacia un escenario dual, o está ya, sin saberlo, instalada en el mismo? Hay quien afirma que lo de las dos Españas (aquello de Antonio Machado) es ya un hecho incontrovertible, y para acreditarlo se acogen a declaraciones puntuales, bien de Rajoy, cuando dice que el presidente del Gobierno lleva a España a la ruptura institucional, o del propio Rodríguez Zapatero, cuando afirma que los del PP representan a la extrema derecha. ¿Que cómo hemos llegado a eso? Mucho me temo que la respuesta a esa pregunta dependerá, en esencia, del color político del interlocutor queelijamos. Lo grave, en todo caso, es que estamos instalados en un discurso ideológico que busca, por encima de todo, la más absoluta adhesión tribal, en detrimento de cualquier línea

racional o argumental. Y es que no se trata de convencer a nadie, y menos aún de convencer a un posible adversario, sino de ofrecer acogedoras trincheras a quienes, de un lado y otro, se muestran proclives a la simplificación demagógica.

**Difícil engañar**

Es cierto, sin embargo, que en los tiempos que corren no resulta nada fácil engañar al prójimo. Lo cual, en principio, viene a corroborar que nuestra ciudadanía, en apariencia ajena a cuanto se cuece a su alrededor, suele acertar a la hora de dibujar un diagnóstico fiable sobre lo que acontece en su entorno más próximo. Algunos, incluso, añaden que siempre ha sabido distinguir, con eficacia, entre la farfolla propagandista y la cruda realidad. Sin embargo, cada día que pasa, son más los expertos que dudan sobre el fino olfato ciudadano del que hablamos. Es más, incluso hubo un tiempo en el que se afirmó, por reputados politólogos, que, desde la Transición política hasta nuestros días, la gente siempre supo lo que tenía que votar para defender sus particulares intereses, incluidos los de España. Pero, más allá de que lo dicho sea cierto, parece evidente que las nuevas técnicas propagandísticas han empezado a suplantarse y a pervertir los viejos hábitos de la antigua mercadotecnia electoral, más centrados en la posibilidad de convencer que en la de reiterar, sin piedad, un mensaje aunque sea falso.

Ésa es la razón de que escaseen los mensajes políticos centrados o moderados, y que los pocos que circunstancialmente circulan por el Congreso de los Diputados en improvisadas ruedas de prensa pasen desapercibidos o cedan sitio ante cualquier afirmación rotunda y sin matices, como los ya comentados de que España se rompe o que viene la extrema derecha; espantajos, ambos, de nula racionalidad y excesiva radicalidad. Ni siquiera en Francia, donde los mensajes políticos están altamente ideologizados, se ha llegado a los extremos que advertimos en España, donde apelaciones a un rancio patriotismo de dudosa constitucionalidad o la descalificación ideológica, confrontan y enfrentan a una ciudadanía proclive al entendimiento, pero avocada al enrrocamiento partidario. Y si esto es ahora, qué no será a la vuelta de unas semanas, cuando las municipales y autonómicas alumbrén el horizonte electoral, con las consecuencias que de ellas se derivan.

Unas elecciones que, ténganlo por seguro, vendrán marcadas por el mal llamado proceso de paz con la banda terrorista de ETA. Un proceso, que si nadie lo remedia, está abocado a la melancolía, cuando no al fracaso, debido al irredentismo de la banda asesina que no se resigna a abrazar la legalidad constitucional, ni a abandonar su matonismo trasnochado, por eso de que nadie puede garantizarles su inmunidad. Una banda que dedica su tiempo libre a la práctica de un terrorismo de baja intensidad, y que se pertrecha hasta los dientes –léase el robo perpetrado en Francia– a la espera de tiempos mejores. Mientras, el Gobierno de España, junto al PNV, y el PS de Euzkadi, lo siguen intentado, tal como es su obligación, pero sin abandonar la idea de que, si las cosas se tuercen, quizá fuera conveniente adelantar las elecciones.